
ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Roma.—Habitación en la casa de Antonio.

ANTONIO, OCTAVIO y LÉPIDO sentados alrededor de una mesa.

ANTONIO. Estos, pues, deben de morir. Sus nombres
Anotados están.

OCTAVIO. También tu hermano,
Lépido; ¿te conformas?

LÉPIDO. Me conformo.

OCTAVIO. Pues anótalo, Antonio.

LÉPIDO. Pero Publio,
Que es, Marco Antonio, el hijo de tu hermana,
Tampoco vivirá.

ANTONIO. Que muera.—Mira:
Queda con esta marca condenado.
Mas de César vé, Lépido, á la casa.
Su testamento nos traerás. Veremos
Cuáles legados reducir se pueden.

LÉPIDO. ¿Vuelvo después?

OCTAVIO. Aquí ó al Capitolio.

(Vase Lépido.)

ANTONIO. Este es un hombre miserable y nulo;
Para mensajes útil. Si partimos
El mundo en tres porciones, ¿debe, acaso,
Ser uno de los tres que lo disfruten?

OCTAVIO. Tú lo pensaste así, pues que su voto
Aceptas para ver quiénes se adolan
En nuestra negra lista de proscritos.

ANTONIO. Octavio, más que tú pasar vi días.
Si le cargamos con honores tales
Para aliviarnos de ominoso peso,
Llevarlos debe, cual el asno el oro,
Sudando y jadeando con la carga
Guiado por nosotros ó arreado.

Después que ese tesoro nos conduzo,
Se le quita la carga; y, despedido,
En polo que sacuda sus orejas,
Y al éjido á paecer luego se vaya.

OCTAVIO. Hazlo, mas es leal cual es valiente.

ANTONIO. Mi caballo lo es; por eso mismo
Exuberante pienso le señalo.
Le enseñó á guerrear, á encabritarse,
A pararse, á correr en línea recta,
Gobernando mi espíritu su cuerpo.
Pues hagamos con Lépidio lo mismo.
Se doma, se le enseña y se le manda.
Espíritu infeliz que se alimenta
De imitaciones y de inmundos restos,
Pues lo usado por otros y añejado
Cual nuevo luce. Hablemos de él tan solo
Cual de una propiedad. Mas basta. Escucha,
Octavio, lo importante. Bruto y Casio
Fuerzas reúnen. Para hacerles frente,
Debemos reforzar nuestra alianza,
Mover á los amigos más leales,

Asegurar nuestros recursos todos;
Y, en consejo reunidos, sin demora
Tratar de descubrir planes ocultos,
Ó de afrontar peligros transparentes.

OCTAVIO. Si tal; que al potro estamos hoy sujetos.
Numerosos contrarios nos acosan,
Y algunos que sonríen me parece
Que malos mil presagian. (Vansó.)

ESCENA II.

Ante la tienda de Bruto en el campamento cerca de Sardis.

Tambores.—Entran BRUTO, LUCILO, TITINO y soldados.
PÍNDARO les sale al encuentro. LUCIO á cierta distancia.

BRUTO. ¡Alto!

LUCILO. La seña y alto.

BRUTO. Y bien, Lucilo,

¿Dónde está Casio?

LUCILO. Cerca está. Te quiero
Píndaro ver de parte de su amo.

(Píndaro entrega una carta á Bruto.)

BRUTO. Es amistosa.—Píndaro, ya sea
Por propia inspiración ó mal consejo,
Tu amo me dió motivos suficientes
Para ansiar que lo hecho se anulara.
Mas quiero, si está cerca, cerciorarme.

PÍNDARO. No dudo que hallarás que tan discreto
Es mi noble señor, como es honrado.

BRUTO. Nadie lo duda.—Dime tú, Lucilo,
¿Cómo te recibió?—Que yo lo sepa.

LUCILO. Con esas gentileza y cortesa,
Mas no con ese familiar agrado,
Ni con el modo franco y amistoso
Que usaba en otros tiempos.

BRUTO. Has descrito
Al ardoroso amigo que se entibia.
Cuando el carlino á marchitarse empieza,
Cuando enferma, Lucillo, ya lo sabes,
Siempre forzadas ceremonias usa.
La pura fe no gusta de artificios;
Mas los que tienen corazones huecos,
Corceles son que, ardientes al principio,
Pragonan su valor y su pujanza,
Mas si sangre les saca el acicate,
El cuello doblan, y, rocines falsos,
La prueba no resisten.—¡Aproxíma
Sus fuerzas?

LUCILO. Deben pernoctar en Sardis.
Los caballos y el grueso de sus tropas:
Con Casio vienen. (Marcha dentro.)

BRUTO. ¡Calle! ya se acercan.
Lentamente marchad á recibirlos.

Entran CASIO y SOLDADOS.

CASIO. ¡Firmes!

BRUTO. ¡Firmes!—La seña.

DENTRO. ¡Firmes!

DENTRO. ¡Firmes!

CASIO. Ofendido me tienes, noble hermano.

BRUTO. Juzgadme, ¡oh Dioses!—¿A enemigos míos
Ofendo yo?—Pues á mi hermano, ¿cómo?

CASIO. Bajo esas formas tan templadas, Bruto,
La ofensa ocultas, y al hacerla.

BRUTO. Casio,

Ten calma. Te conozco. Dí tus quejas
En baja voz. Delante de las tropas,
Que deben ver nuestra amistad tan solo,
No disputemos. Díles que se alejen,
Y aquí en mi tienda glosarás tus quejas.

CASIO. Dí, Píndaro, á los jefes que retiren
De este sillo á las tropas.

BRUTO. Haz, Lucillo, lo propio, y que ninguno
Entre mientras hablemos en mi tienda.
Lucio y Titino guardarán la entrada. (Vanso.)

ESCENA III.

Interior de la tienda de Bruto.

Entran BRUTO y CASIO.

CASIO. Que me ofendiste se demuestra en esto.
Condenaste, infamaste á Lucio Pela
Porque fué por los Sardos sobornado,
Y mi carta, pidiendo por un hombre
Que me era conocido, desdeñaste.

BRUTO. Con esa petición tú te ofendiste.

CASIO. En estas circunstancias no conviene
Tan nimio ser en castigar ofensas.

BRUTO. Pues permíteme, Casio, que te diga
Que aun á tí vituperan porque sabes
Abrir tu mano y vendes y subastas
Los cargos por el oro á gente inepta.

CASIO. ¿Que sé yo abrir mi mano? Bruto, sabes
Que Bruto y nadie más eso me dice.
Si otro lo hiciera, por los Dioses juro

Que estas fueran sus últimas palabras.

BRUTO. Tal corrupción de Casio el nombre encubre,
Y por eso es fax velo el castigo.

CASIO. ¡El castigo!

BRUTO. ¡Acuérdate de marzo! ¡De los idus
Acuérdate de marzo! ¡Derrastada
En aras, di, no fue de la justicia
De Julio el potentísimo la sangre!
¡Quién, infame, lo hirió que no lo hiriera
De la justicia en nombre? ¡Por ventura,
Los que al hombre más inocente mataron
Porque encubrió ladrones, hoy pretenden
Manchar sus manos con el vil soborno,
El vasto campo del honor vendiendo
Por la miseria que en el puño cabó?
Antes que tal Romano, o su sería
Y ladrara á la luna.

CASIO. No tolero,

Bruto, que á mí me ladras.—Te equivocas
Si quieres reprenderme. Soy soldado
Más antiguo que tú; más competente
Para asuntos que tú.

BRUTO. Casio, no.—Calla.

CASIO. Sí tal.

BRUTO. Digo que no.

CASIO. No me provoques,
O de mí no respondo. Tén en cuenta
Que te pueda pasar, No me exaspares.
Indigno, sparta.

BRUTO. Mas ¿será posible?

CASIO. Escucha. Quiero hablar. ¿Será preciso
Ante tu ciega cólera luciliarme?
¡Tambiar ante el asombro de un demencia!

CASIO. ¡Dioses! ¡Oh Dioses! ¡Soportar es fuerza

Todo esto?

BRUTO. Sí, todo.—Mis acasos.
Enferocote, pues, hasta que estalle
Tu altivo corazón. Vá. Patencia
Cuán colérico eres á tus siervos.
Tómante tus esclavos.—¡Apartarme,
Observarte, poderme de rodillas
Debo yo á la cólera te osalta?
¡Juro á los Dioses todos!—De tu billy
Vas el veneno á digerir tú mismo.
Aunque te haga estallar; pues deada ahora
De tí me huirá, pienso reirme
Cuando iracundo estés.

CASIO. ¡Y el fin es este!

BRUTO. ¡No dices que eres tú mejor soldado
Pues pruebahe.—Confirma tu jactancia.
Yo lo celebraré; pues, por mi parte,
De hombre más hábil aprender deseo.
Me ofendes más y más y en todo, Bruto.
Mejor no dije; dije más antiguo.—
¿Dije mejor?

BRUTO. Si acaso, no me esperaba.

CASIO. César tratarme así no osara nunca.

BRUTO. ¡Bah! Nunca así desesperaría osaras.

CASIO. ¿No osara?

BRUTO. No.

CASIO. ¿No osara provocarle?

BRUTO. ¡No osaras, por tu vida!

CASIO. Demosiado

Con mi emulad no osantes, que pudiera
Hacer lo que por siempre lamentara.

BRUTO. Lo que debieras lamentar has hecho.

CASIO. ¡Tú amanzar no me alorran.

De mí honredax tan fuerte es la armadura,

Que, cual el viento que desprecio, pasan.
 Cierta suma de oro me negaste
 Que te mandé pedir, pues no me es dado
 Por torpes medios levantar dinero.
 Te juro que mejor acuéñaría
 Mi corazón y convirtiera en dramas
 Mi sangre gota á gota, que vilmente
 Arrebatar pitanza miserable
 De las manos callosas de un labriego.
 Oro yo te pedí para mis tropas:
 Rehusaste. ¿Dime cómo Casio obraste?
 Yo á Cayo Casio nunca así tratara.
 Jamás te lo negué.

CASIO.
 BRUTO.
 CASIO.

Si tal.

No es cierto.

Un imbécil te trajo mi respuesta.
 Mi corazón has falsificado; Bruto.
 Conllevar los defectos del amigo
 Al amigo le toca; pero agrandes,
 Bruto, los míos.

BRUTO.

Sólo cuando quieres

Que yo por ellos sufra.

CASIO.

No me aprecias.

BRUTO.

No celebro tus faltas.

CASIO.

Essas faltas

Jamás vieran los ojos del amigo.

BRUTO.

Los del adulador, por más que lucen
 Cual el Olimpo grandes.

CASIO.

Antonlo, ven, y ven, joven Octavio;
 Sactad vuestra venganza en Casio solo,
 Que harto del mundo ya Casio se halla.
 Lo detesta su amigo, lo escarnece
 Su hermano, lo castigan como á siervo;
 Escudrifican sus faltas, que se apuntan,

Que se estudian y aprenden de memoria
 Para luego arrojárselas en rostro.
 ¡Oh, mi espíritu en lágrimas vertioral
 Teñ mi puñal. Dessudo está mi pecho.
 Hay dentro un corazón, al que no igualan
 Las minas de Plulón, oro ninguno.

BRUTO. Arráncamelo, pues, si eres Romano.
 Mi corazón, si oro negué, te entrego.
 Miéreme cual á César; que me consta
 Que cuando más lo odiaste, lo quisiste
 Más que en tu vida tú quisiste á Casio.
 Envaína tu puñal, y desahoga
 Tu mal humor. Harás lo que quisieres
 Aun la deshonra juzgaré que es chanza.
 Con un cordero estás uncido, oh Casio.

CASIO.

En él la ira existe, cual existe
 Fuego en el pedernal; al golpearlo
 La chispa da, mas rápido se enfría.

¡Y Casio vive pare ser ludibrio,
 Causar la risa de su amado Bruto
 Cuando el enojo y el dolor lo agobian?

BRUTO.

Enojado también aquello dije.

CASIO.

¡Y lo confesas tú? Dáme tu mano.

BRUTO.

Toma también mi corazón.

CASIO.

Oh Bruto...

BRUTO.

¿Qué?

CASIO.

¿No me tienes amistad bastante

Para sobrellevar el genio pronto
 Que mi madre me ha dado y que me ciega?

BRUTO.

Sí, Casio, y desde ahora, si te enojas
 En exceso con Bruto, que regaña
 Tu madre pensaré sin ofenderme.

PORTA.

(Dentro.) Ver á los generales permitidme.
 Están enemistados, y no es justo

Dejarlos solos.

LUCIO. (Dentro.) No entraréis.

POETA. (Dentro.) La muerte
Sólo me detendrá.

Entra el POETA seguido de LUCIO y TITINO.

CASIO. ¡Decid! ¿qué pasa?

POETA. ¡Qué oprobio, generales! ¿Cómo es esto?
Haya paz. Sed amigos, como deben
Ser dos personas de tan gran valía.
A un viejo caso haced, por vida mía.

CASIO. ¡Y qué mal rima el cínico insolente!

BRUTO. ¡Fuera de aquí, desvergozado, fuera!

CASIO. No le hagas caso, Bruto, que es su estilo.

BRUTO. Sabré cuál es su estilo, cuando sepa
El oportuno ser. ¿Para qué acuden
A las guerras tan necios cantadores?
Vámonos, compañero.

CASIO. Fuera. Fuera.

(Vase el Poeta.)

BRUTO. Id, Lucio y Titino, que acuartelen
Esta noche los jefes sus legiones.

CASIO. Volveréis, y Mesala con vosotros
Que al punto venga.

(Vanse Lucio y Titino.)

BRUTO. Lucio, danos vino.

CASIO. Nunca pensé que así te enojarías.

BRUTO. Grandes penas, oh Casio, me atormentan.

CASIO. Filósofo no eres, si te agobian
Pasajeras desdichas.

BRUTO. Nadie sufre

Como yo su desgracia.—Porcia ha muerto.

CASIO. ¿Qué dices? Porcia...

BRUTO. Muerta.

CASIO. ¿Cómo pude eludir que me mataras
Al disputar contigo de esa suerte?
¡Oh pérdida terrible y dolorosa!
¿De qué murió?

BRUTO. De angustia por mi ausencia,
Y pena al ver que Octavio y Marco Antonio
Terreno iban ganando. Tal noticia
Llegó con la noticia de su muerte.
Y ascuas tragó desesperada entonces,
Cuando sola quedó.

CASIO. ¿Murió por eso?

BRUTO. Verdad cruel.

CASIO. ¡Oh Dioses inmortales!

Entra LUCIO con vino y un cirio.

BRUTO. No la nombremos más. Venga la copa.
Aquí sepultaré, Casio, mi enojo. (Bebe.)

CASIO. Tiene mi pecho sed del brindis ése.
Llena, Lucio, la copa y que rebose.
No me hartaré de la amistad de Bruto. (Bebe.)

BRUTO. Entra, Titino. (Vase Lucio.)

Vuelven a entrar TITINO con MESALA.

Bien venido seas,
Buen Mesala. Sentémonos ahora
En torno de esta luz; y los asuntos
Discutiremos.

CASIO. ¡Porcia ya no existe!

BRUTO. ¡No más! ¡No más!—He recibido cartas,
Mesala, en que me dicen que á Filipos
Grandes fuerzas Octavio y Marco Antonio
Contra nosotros encaminan.

MESALA. Tengo
Idénticas noticias.

BRUTO. ¿Nada añaden?

MESALA. Que Octavio, Antonio y Lépido, por auto
De proscripción, á muerte han condenado
A unos cien Senadores.

BRUTO. Nuestras cartas
No concuerdan. Setenta Senadores
Han perecido ya, dicen los míos.
Cicerón uno.

CASIO. ¡Cicerón!

MESALA. Ha muerto
Por esa ley de proscripción. ¡Tuviste
Escrito de tu esposa?

BRUTO. No, Mesala.

MESALA. ¿Ni de ella te dan nuevas?

BRUTO. No, Mesala.

MESALA. Pues lo extraño.

BRUTO. ¿Por qué me lo preguntas?
¿Qué sabes?

MESALA. Nada sé.

BRUTO. Como Romano
Que eres tú, dime la verdad.

MESALA. Soporta
Como Romano la verdad, entonces.
Sabe que ha muerto y de manera extraña.

BRUTO. ¡Adiós, Porcia! Morir es necesario,
Mesala; y, meditando en lo forzosa
Que era su muerte un día, con paciencia
Ahora su muerte soportar consigo.

MESALA. Así los grandes hombres, penas grandes
Deben sobrellevar.

CASIO. Es mi doctrina
La tuya, pero así sobrellevarlas
No pudiera jamás.

BRUTO. A nuestra obra.

¿Marchar no se debiera de seguida
A Filipos?

CASIO. No juzgo que convenga.

BRUTO. La razón.

CASIO. Allá va. Más nos conviene
Que nos venga á buscar el enemigo;
Pues de ese modo apura sus recursos,
Fatiga á sus soldados y se daña,
Mientras que aquí nosotros le esperamos
Descansados, dispuestos y en acecho.

BRUTO. Los buenos argumentos á mejores
Deben siempre ceder. De aquí á Filipos
Poco afectos nos son los naturales,
Que aun dar contribuciones eludieron.
El enemigo, entre ellos caminando,
Aumentará su número, y más fuerte
Llegará de ese modo y con más brío.
Mas no podrán gozar de esas ventajas
Si á su encuentro marchamos á Filipos,
Dejando á las espaldas á esa gente.

CASIO. Querido hermano, escúchame.

BRUTO. Perdona.
Ten presente también que ya nos dieron
Todo nuestros amigos. Que repletas
Están nuestras legiones, y madura
La causa nuestra está; que el enemigo
Aumenta sin cesar, mientras nosotros,
Ahora en la cumbre, declinar podemos.
En humanos asuntos hay mareas
Que en creciente tomadas, nos conducen
A la prosperidad: si no circundan
Escoges el viáje de la vida.
En semejante mar hoy navegamos,
Y la corriente aprovechar debemos

- O sucumbir.
- CASIO. Marchemos, pues, si quieres.
A buscarlos iremos á Filipòs.
- BRUTO. Hablando nos llegó la media noche,
Y debe obedecer naturaleza
A la necesidad. Breve reposo
Racionémosle, pues. ¿Qué más te ocurre?
- CASIO. Nada más; buenas noches. Con el alba
Partiremos de aquí.
- BRUTO. Mi manto, Lucio.
Mesala, adiós. Titino, buenas noches,
Y buenas noches, noble, noble Casio.
A descansar.
- CASIO. ¡Querido hermano mío!
Tuvo esta noche pésimo comienzo.
Nunca jamás discordias semejantes
Separen nuestras almas: nunca, Bruto.
- BRUTO. Todo ha pasado ya.
- CASIO. Felices noches.
- BRUTO. Felices noches tú, querido hermano.
- TITINO y MESALA. Buenas noches, señor.
- BRUTO. Salud á todos.
(Vanse Casio, Titino y Mesala.)
- Vuelve á entrar LUCIO con el manto.
- Lucio. Mi manto dame.—¿Dónde está tu lira?
Aquí en la tienda.
- BRUTO. ¡Estás medio dormido!
¡Infeliz! no te culpo, que te tienen
En vela por demás. A Claudio llama,
Y á otro siervo también; quiero que duerman
Aquí sobre cojines en mi tienda.
- LUCIO. ¡Varro! ¡Claudio!
Entran VARRO y CLAUDIO.

- VARRO y CLAUDIO. ¿Llamaba el amo nuestro?
- BRUTO. Amigos, acostáos os suplico,
Y dormid en mi tienda, que más tarde
Puede ser que os despierte y os confie
Una misión para mi hermano Casio.
- VARRO. Señor, si te parece, en pie podemos
Órdenes esperar.
- BRUTO. No lo permito.
Acostáos, amigos. Por ventura
Puedo mudar de parecer. ¡Eh, Lucio!
Aquí está el libro que buscaba tanto:
Lo puse de mi veste en el bolsillo.
- LUCIO. Cierto estaba que á mí no me lo diste
Para guardar, señor.
- BRUTO. ¡Pobre muchacho!
¡Perdóname si soy olvidadizo!
¿Tus párpados pesados, dime, puedes
Levantar, y cantarme un par de estrofas?
- LUCIO. Sí, señor, si te agrada.
- BRUTO. Sí, muchacho.
Por demás te molesto, mas conozco
Tu buena voluntad.
- LUCIO. Deber es mío.
- BRUTO. Tu deber reclamar no deseara
Más allá de tus fuerzas; y descanso
Necesita, lo sé, la sangre joven.
- LUCIO. Ya he dormido, señor.
- BRUTO. Perfectamente.
Y á dormir volverás. Por poco tiempo
Te detendré. Contigo bondadoso
Seré mientras viviere.
(Música. Una canción; al final Lucio se duerme.)
¡Somnolienta canción!—Sueño asesino,
¡Dejas caer tu poderosa maza

Sobre el joven que música te ofrece?
 ¡Joven gentil, descansa! No deseo
 Tu sueño interrumpir, pero la lira
 Vas á romper si inclinas la cabeza.—
 Yo te la quitaré.—Joven, descansa.
 Vamos á ver; vamos á ver. ¿Del libro
 No doblé yo la hoja? Quizá es ésta.

Entra la SOMBRA de CÉSAR.

Qué mal arde esta luz.—Oh ¿quién es ése?—
 ¿Son mis débiles ojos quienes forjan
 La monstruosa aparición que avanza?
 ¿Eres algo, eres Dios, numen ó genio,
 Que me hiela la sangre y me espeluzna?
 Contéstame. ¿Quién eres?

SOMBRA. Bruto, tu mal espíritu.

BRUTO. ¿Qué traes?

SOMBRA. Decirte que en Filipos nos veremos.

BRUTO. ¿Otra vez nos veremos?

SOMBRA. En Filipos.

BRUTO. Está bien. Nos veremos en Filipos.

(Vase la sombra).

¿Cuando mi brío recobré te ahuyentas?
 Espíritu, quisiera más decirte.—
 ¡Muchacho! ¡Lucio! ¡Varro! ¡Claudio! ¡Presto!
 ¡Despertad!—¡Claudio!

LUCIO. Están, señor, las cuerdas destempladas.

BRUTO. Piensa tañer aún.—Lucio, despierta.

Sañabas, Lucio, cuando así gritaste.

LUCIO. No recuerdo, señor, haber gritado.

BRUTO. Pues tú gritaste. Dime lo que viste.

LUCIO. Nada, señor.

BRUTO. Sigue durmiendo, Lucio.

Hola, tú, Claudio. Escucha, tú, despierta.

(A Varro.)

VARRO. Señor.

CLAUDIO. Señor.

BRUTO. ¿Por qué al soñar gritasteis?

VARRO, CLAUDIO. Señor, ¿hemos gritado?

BRUTO. ¿Qué habéis visto?

VARRO. Nada he visto, señor.

CLAUDIO. Ni yo tampoco.

BRUTO. Id á mi hermano Casio, y que sus tropas

Ponga temprano en marcha, que más tarde

Las mías seguirán.

VARRO y CLAUDIO. Serás servido. (Vanse.)